

MON. ¿Pues cómo?

SAU. ¿Usted es discreto, supongo?

MON. Un agente de negocios, hombre; ¡es mi oficio!

SAU. Puedo fiarme de usted: además de que siempre me mostró usted tal amistad...
(*Después de una corta pausa.*) Sepa usted, pues, que cuando nos conocimos en las aguas de Bañeras, yo estaba atacado de una enfermedad nerviosa, la cual había producido en mí una sensibilidad tan ex-

quisita que me enamoraba de cuantas mujeres veía... una sobre todo.

MON. Sí, ¿aquella hermosa inglesa...?

SAU. No.

MON. ¿La mujer del médico de los baños?

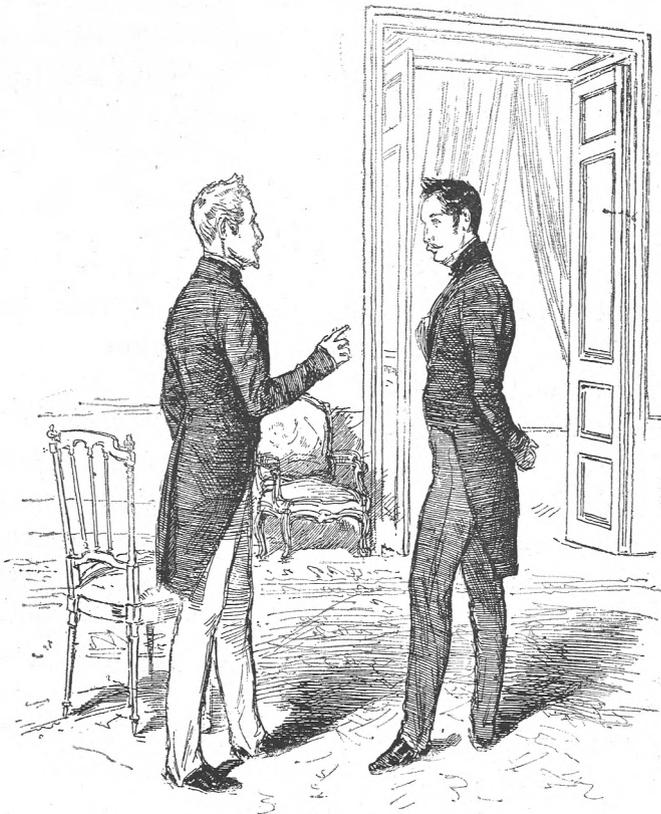
SAU. Nada.

MON. ¿Quién, pues?

SAU. El nombre no hace al caso...

MON. ¡Oh! ya caigo... aquella condesita...

SAU. Como usted quiera; tanto más, cuanto que, inflexible y severa, me trató con tal cruel-



dad, que arrebatado del delirio, del paroxismo de la pasión... y dominado acaso también por ese mismo mal nervioso, de que tengo á usted hablado... tomé la determinación de acabar de una vez para siempre, pero una determinación firme, irrevocable... Y el género de muerte que escogí, como el que estaba más en armonía con el estado de mis ideas, consistió en precipitarme en uno de aquellos abismos tan frecuentes en los Pirineos... hallaba yo en esta idea cierta grandeza y sublimidad...

MON. Sí, por lo extravagante.

SAU. Bien puede ser... Ahora bien; después de haber escrito á mi criado, haciéndole don de mis efectos, y rogándole que no se molestase á nadie á causa de mi muerte, me

encaminé hacia el sitio que había escogido: era por la mañana; ya por el camino íbame serenando algún poco, de pronto me sentí más frío en mi determinación; ya se ve, también me hundía en la nieve hasta la rodilla y hacía un viento de todos los diablos. Hice sin embargo un esfuerzo, pero al llegar al borde del precipicio medí con los ojos la profundidad, y un movimiento involuntario me hizo retroceder horrorizado. Volví con todo á asomarme, como avergonzado de mi flaqueza... en una palabra, á pesar mío ya, y sólo por respetos humanos, por el qué dirán, por qué sé yo, iba á precipitarme, cerrando los ojos, cuando de repente oigo en la montaña un grande ruido... y era... á ver si acierta usted.

MON. Algún monte de hielo que se desprendía...

SAU. Nada. Carlos Vernet, uno de mis amigos, dirigiendo una gran batida de cazadores... ocupados en perseguir los gamos. Eran tantas sus carcajadas, tal su buen humor, que no me atreví á contarles mi aventura por miedo de que se burlasen de mí. Cuando todos ellos me gritaron: «¡Agréguese usted á la batida, con nosotros, con nosotros!» dije para mí: «Después me mataré, á mediodía, y mejor todavía que ahora, porque no tendré tanto frío.» Héme, pues, cazando gamos y corriendo las alturas, pero tan desatinadamente, que allí perdí sombrero, pañuelo, ¡qué sé yo! en una palabra, que llegué al punto de reunión desvencijado y muerto de hambre.

MON. ¿Tenía usted hambre?

SAU. ¡Devoraba! ¡un apetito de todos los días!... y en verdad que por entonces olvidé mi asunto principal... estaba ya á algunas millas de mi precipicio, y dije para mí sayo: «Si la desesperación me ha permitido vivir todavía tres horas y media, ¿por qué no se ha de extender á cuatro, á cinco, á doce, y así sucesivamente?» En estos casos, lo que cuesta es el primer paso. He aquí mi argumento, el mejor sin disputa de cuantos he hecho en toda mi vida para mi uso particular... Pero lo más difícil no era volver á la vida, sino volver á Bañeras... ¿Cómo diantre exponerme á las chanzas, á los epigramas?... ¿cómo desmentir al periódico? ¿cómo presentarme vivo ante esa misma mujer á quien amaba? No era posible. Tomando, pues, una determinación decisiva, y un asiento en la diligencia de Tarbes, volvíme á París, y de allí al Havre... donde mi padre me puso al frente de nuestro comercio; y desde entonces los azúcares, el café, el algodón... en una palabra, he estado siempre tan ocupado...

MON. ¿Que no ha tenido usted un rato de lugar para matarse?

SAU. Así es. Luego he hecho fortuna... he reunido un caudal muy bonito, lo cual siempre distrae algún tanto, y le da á uno otras ideas... ideas por ejemplo de establecimiento, de boda.

MON. Comprendo... Quiere usted poner ahora ese mismo caudal á los pies del objeto de su antigua pasión.

SAU. No; á los pies de otra persona...

MON. (*Riéndose.*) Pues, ¿y aquel amor que había de ser eterno, inextinguible?...

SAU. Existe, existe, cada vez más ardiente, más impetuoso si cabe. Siempre el mismo. Sólo que ha variado de objeto.

MON. ¡Ah! es el fénix que renace de sus propias cenizas.

SAU. Cabal. Una viuda preciosa, hechicera... pero, á pesar de todo mi amor, no he podido lograr todavía su consentimiento; desconfía de mí y de mi constancia.

MON. (*Con calma.*) No tiene razón.

SAU. Y como precisamente está aquí, en esta misma fonda, si se os moviese la lengua á hablar de esa desdichada aventura de Bañeras...

MON. ¡Pobre mozo! no tenga usted cuidado, no seré yo quien le venda; y aun si puede serle útil mi mediación...

SAU. ¡Qué de bondad! ¡cuánta generosidad! ¡Ah! crea usted seguramente que tengo sinceros remordimientos... Si usted supiese...

MON. ¿Qué?

SAU. (*Viendo abrirse la puerta de la izquierda.*) Nada, ahí tiene usted el objeto de mi amor... ella llega con su hermano.

MON. ¿Hortensia?

SAU. ¿La conoce usted?

MON. Es íntima amiga de mi mujer.

SAU. (*Espantado.*) ¡De su mujer!

ESCENA XI

MONVEL, SAUVIGNY, HORTENSIA, FERNANDO

HORT. (*Saludando.*) Acabo de saber su llegada de usted, y esperaba la visita.

SAU. (*Turbado.*) Ignoraba, señora, que estuviese usted visible; me he encontrado aquí con un amigo, un amigo verdadero.

HORT. (*Sonriendo.*) Muchos tiene usted, porque aquí está mi hermano abogando por usted hace media hora con un interés...

FERN. He cumplido mi palabra; acuérdate tú de la tuya.

HORT. ¿Qué?

SAU. Nada. Ha dicho á usted que mi amor, que mi cariño, que mi constancia será eterna, se lo juro á usted.

HORT. ¡Qué conmovido está usted!

SAU. Cuando la veo á usted... me encuentro además en una posición...

MON. (*Adelantándose.*) Embarazosa.

HORT. (*Viéndole.*) ¡Ah! caballero Monvel, pero ¿y Clotilde? ¿dónde está?

- MON. En su cuarto probablemente.
- HORT. (*A Sawigny.*) Quiero presentarle á usted á mi mejor amiga.
- SAU. (¡Santo Dios!) (*Bajo á Monvel.*) ¡Esto es hecho! su sorpresa, su espanto...
- MON. Dice usted bien.
- HORT. (*Pasando entre Monvel y Sawigny, y tendiéndole la mano.*) Venga usted.
- SAU. Usted me perdonará, señora, pero un asunto importante, de que estaba enterando al señor, y del cual tiene la bondad de encargarse...
- FERN. (*Bajo á Sawigny.*) ¡Bravo!
- SAU. Es forzoso que vayamos juntos á casa de un escribano de Ruan.
- FERN. (*Bajo á Sawigny.*) Eso es.
- SAU. Que suele salir temprano.
- FERN. Van á dar las cuatro.
- MON. (*Tomando su sombrero.*) Me tiene usted á sus órdenes.
- FERN. (¡Qué buen señor!)
- SAU. (*A Hortensia.*) ¿No se incomodará usted, supongo?...
- HORT. ¿Incomodarme porque se ocupe usted en sus quehaceres? al contrario; es prueba de que tiene usted juicio. Yo también tengo algunas compras que hacer en el almacén grande de la plaza; usted me acompañará hasta allí; allí le dejaré á usted solo con Monvel, de quien me alegraría que tomase usted ejemplo; y después en la mesa... porque comeremos juntos, supongo, con Monvel y su señora.
- SAU. (¡Su señora! ¡Felizmente para entonces habremos tenido tiempo de prevenirla!)
- HORT. Ea, pues, vamos. (*Toma el brazo de Monvel.*)
- SAU. (*Mirando con interés á Monvel.*) (Y este pobre Monvel entre tanto... ¡Oh! no, volveré cuanto antes.) (*Dando la mano á Fernando.*) Adiós.
- FERN. Adiós.

ESCENA XII

FERNANDO

¡Por fin se fueron! quedo dueño de la plaza. ¡Solo y con ella! Hoy será forzoso que me escuche: al fin me podré explicar. Pero en primer lugar prudencia: por medio de alguna sorpresa cortemos la retirada al enemigo. (*Indicando la puerta del fondo.*) No hay más entrada que esta puerta, y echando el cerrojo... (*Le echa y ve á Clotilde,*

que entra por la derecha.) Ella es. Ya era tiempo.

ESCENA XIII

CLOTILDE, á la derecha; FERNANDO, por el fondo

- CLOT. (*Sin verle.*) Las cuatro acaban de dar. Felizmente mi marido no ha vuelto todavía. ¡Yo fallezco! tengo un miedo... (*Pasa á la izquierda; se vuelve, y ve á Fernando.*) ¡Ahí está!
- FERN. (*Acercándose.*) ¡Oh! ¡qué de bondades, señora! Permítame usted que me arroje á sus plantas, y que la bendiga como mi única esperanza. ¡Ah, señora, usted salva la vida á un desdichado!
- CLOT. (*Con candor.*) ¡Oh! seguramente; y á no ser por eso...
- FERN. ¡Apenas creía posible tanta dicha! Sin embargo, nada hay más cierto, es usted misma, aquí, á mi lado, solos los dos, y ya puedo repetirle á usted que la amo, que la adoro, que me es imposible vivir de hoy más lejos de usted.
- CLOT. ¡Oh! más bajo, por piedad. Su hermana de usted...
- FERN. No está.
- CLOT. Mi marido...
- FERN. Me he prevenido contra su vuelta.
- CLOT. (*Asustada.*) ¡Santo Dios!
- FERN. (*Deteniéndola.*) Usted me ha prometido escucharme.
- CLOT. ¿Y no le oigo á usted, por ventura?
- FERN. Ciertamente; es demasiado, ¡sin duda! pero ¿puede acaso bastarme que usted me oiga, si se obstina usted en no comprender lo que pasa en mi corazón? sino, no apartaría usted de mí esos ojos, por que muero, y cuya luz imploro. (*Se acerca cada vez más.*)
- CLOT. (*Queriendo alejarse.*) ¡Caballero! ¿Es eso lo que me había usted prometido? ¡Oh! bien me acuerdo; me juró usted que su discreción...
- FERN. ¡Mi discreción! ¿Y qué imperio puede conservar la razón sobre quien se desconoce á sí mismo? ¿sobre aquel en cuya alma reina sola la más espantosa desesperación?
- CLOT. (*Asustada.*) (¡Dios mío!) (*Alto.*) Seguramente, caballero, yo sentiría mucho ser causa de una desgracia. Usted lo ve. Pero usted por su parte debiera no abusar de mi situación, porque, en fin, esta ma-

ñana no me pedía usted sino una entrevista.

FERN. ¿Y de qué me servirá, señora, ese vano favor? ¿de prolongar algunos instantes una existencia que ha llegado á serme enfadosa?

CLOT. ¿Qué dice usted?

FERN. Que no me habré quitado la vida en su presencia de usted, que usted habrá sabido evitar tan terrible espectáculo; eso será, y no más, lo que habrá conseguido. (*Con delirio.*) Pero mañana, ídolo mío, ¡nos veremos separados para siempre! mañana usted partirá...

CLOT. ¡Oh, sin duda! hoy mismo, si pudiera.

FERN. (*Frenético.*) ¡Y quiere usted que viva!

CLOT. Bien, no, no; no partiré mañana. Pero déjeme usted. (¡Yo sufro!)

FERN. ¡Ah, bien mío! si mi voz ha sabido encontrar el camino de ese corazón, si tiene piedad de un infeliz, dígnese usted dirigirme al menos una mirada, una mirada de perdón, una sola, señora, ó me verá usted expirar á sus pies.

CLOT. ¡Dios mío! Alce usted. ¡Oh, no!

FERN. (*Sorprendiéndole una mano, mientras ella vuelve la cabeza.*) Permítame siquiera, ángel de belleza, que selle en esa mano celestial estos labios que te juraron un amor eterno.

CLOT. (*Desasiéndose.*) ¡Basta ya, caballero!

FERN. Sí, bien mío, ¡tu amor, ó la muerte!

CLOT. Me es imposible sufrir más: ¡qué osadía! (*Rechazándole.*) Caballero, por última vez... (*Llaman á la puerta.*) ¡Silencio!

MON. (*Desde fuera.*) Abre, mujer, abre.

CLOT. ¡Mi marido!

FERN. (*Levantándose.*) (¿Cómo diablos le ha dejado Sauvigny escapar tan pronto?)

CLOT. (*En voz baja.*) ¡Oh! váyase usted, por Dios, váyase usted.

FERN. (*Id.*) Con la condición de que en volviendo á salir prolongará usted esta entrevista; ¿me lo promete usted?

CLOT. (*Fuera de sí.*) Sí, bien; váyase usted, váyase usted.

FERN. (*En tanto que se oye llamar todavía.*) Pero ¿por dónde? ¡Ah! el cuarto de mi hermana es un sagrado.

CLOT. (*Viendo que se encierra.*) Sobre todo, suceda lo que suceda, no salga usted. ¡Volemos á abrir! ¡Dios mío! ¿Hay situación igual á la mía? (*Abre la puerta del fondo.*)

ESCENA XIV

CLOTILDE, MONVEL

MON. ¿Te he venido á incomodar?

CLOT. (¡Esto es peor!)

MON. ¿Estabas en tu cuarto, y por eso no me oías?

CLOT. (*Turbada.*) Ciertamente; por eso te he hecho esperar.

MON. No importa, ¿qué mal hay en eso? pero no vengo solo. (Valgámonos de precauciones oratorias.) (*Alto.*) Viene conmigo una persona para quien los instantes son preciosos.

CLOT. ¿Quién, pues?

MON. Una persona que no esperabas volver á ver, y que desea ardientemente ser presentada.

CLOT. ¿Para qué?

MON. Para pedirte un favor, que seguramente no le negarás.

CLOT. (¡Santo Dios! hoy todo el mundo se ha desatado á pedir.) Que venga en hora buena; que entre, vamos.

MON. Siempre que prometas no asustarte...

CLOT. ¿Qué! ¿quién puede ser...?

MON. Y que no te escape un solo grito de...

CLOT. Pero ¿qué es? (*Viendo á Sauvigny, que entra, da un grito.*) ¡Ah!

MON. (*Sosteniéndola.*) ¡No dije!

ESCENA XV

CLOTILDE, MONVEL, SAUVIGNY

CLOT. ¿Es un sueño?

SAU. Señora...

CLOT. ¡Apenas puedo creer á mis ojos!

MON. El Sauvigny, el mismo Sauvigny.

SAU. Yo soy, señora. (¡Qué fortuna, que Hortensia no haya estado presente!)

CLOT. (*Volviendo en sí de su turbación.*) ¿Usted vive todavía?

SAU. (*Avergonzado y balbuciente.*) Señora, en balde lo negaría.

MON. No sólo vive, sino que goza, como ves, de muy buena salud.

CLOT. (*En tono de reconvencción.*) ¿Cómo, caballero, usted no murió?

SAU. Señora, yo pido á usted mil perdones, no es culpa mía si...

MON. Ya lo sabrás, ya lo sabrás todo, te lo contaremos por menor; ¡pardiez! te ha de divertir. ¡A mí, esta mañana me ha hecho reír!!!

SAU. (*En tono de súplica.*) Señor Monvel...

MON. (*Con viveza.*) Tiene usted razón; no es ese el objeto de nuestra visita: se trata nada menos que de salvarle la vida.

CLOT. (*Asombrada.*) ¡Otra vez!

MON. (*Con viveza.*) Hay en Ruan una persona á quien ama perdidamente, y con quien quiere casarse.

CLOT. (*Indignada.*) ¡El señor! ¡Dios de justicia!

SAU. (*Bajando los ojos.*) ¡Ah, señora, es demasiado cierto!

MON. Tu querida amiga Hortensia.

CLOT. (*Asombrada.*) ¡Cielos! ese joven del Havre, de quien me hablaba ella esta mañana...

MON. El es.

CLOT. ¿Ese amante á quien ella no encontraba más defecto que un exceso de pasión?

MON. El mismo.

CLOT. ¡Ese corazón que jamás había amado á otra, y que había de amarla siempre!

MON. Cabal.

CLOT. ¡Qué horror! ¡Oh! lo sabrá todo, sabrá la verdad entera.

MON. He ahí precisamente lo que es preciso evitar.

SAU. Señora, si mis ruegos...

MON. Te pedimos por Dios que guardes el mayor silencio.

CLOT. ¿Y veré engañar tranquilamente á mi mejor amiga?

MON. No la engaña, no la engaña; la quiere realmente, va á perder el juicio...

CLOT. (*Indecisa.*) ¿Y la otra...? ¿y la persona de Bañeras?

MON. Ya no la ama, mujer; por mejor decir, nunca la amó... él mismo me lo ha dicho.

SAU. (*Precipitadamente.*) ¡No he dicho eso!

MON. Poco menos.

SAU. He confesado por el contrario que merecía todo mi amor, y que en efecto la adoraba...

MON. Sí, sí, una mañana, horas. El mismo se está haciendo más reo de lo que es realmente. ¡Una pasión como la de todos los muchachos, un capricho, un pasatiempo!

CLOT. ¡Un pasatiempo! ¿y quería matarse?

SAU. (*Adelantándose.*) Sí, señora, estaba decidido, se lo juro á usted, y la única consideración que pudo impedírmelo...

MON. Fué un almuerzo que le ofrecieron cuatro amigos, y unas botellas de Champagne que le salieron al paso... y media hora después

ya no se acordaba de semejante proyecto... ¡si me lo ha contado todo!

SAU. Señor Monvel...

MON. Y hizo usted muy bien, yo lo apruebo.

CLOT. ¡Es una infamia!

MON. ¡Disparate! y haces mal en conservarle rencor. Nada más natural. El que jura y perjura que ha de estar eternamente enamorado es un loco, un mentecato que se engaña á sí mismo... ¿Pende eso de él, por ventura? ¿Es uno dueño acaso de esos sentimientos? Tanto valdría jurar que ha de estar uno eternamente bueno.

CLOT. Enhorabuena... ¡pero amenazar con el suicidio!

MON. ¡Bah! ¡bah! Déjanos en paz. Pero ¿tú crees eso?

CLOT. (*Mirando á Sauvigny.*) A lo menos hasta ahora he creído...

MON. (*Riendo.*) ¡Ah, ah, ah, pobre Clotilde!

CLOT. ¿Te ríes de mí?

MON. Seguramente. Todo el mundo lo dice, pero nadie lo hace. Testigo el señor, que obraba de buena fe... ¡con cuánta más razón, pues, se puede decir de los que van de mala, de los que representan un papel de comedia!

CLOT. (*Dando un grito de indignación.*) ¡Ah!

MON. ¿Qué tienes?

CLOT. (*Pasando á la izquierda.*) Nada... (¡Y yo, que no há mucho aquí mismo!...) (*Alto, mirando á la puerta del cuarto donde se encerró Fernando.*) La presencia del señor me presta un servicio que le agradeceré, guardando ese silencio que exige.

SAU. ¿Es posible?

MON. Cuando le dije á usted que era la bondad misma.

CLOT. (*Mirando á la puerta de la izquierda.*) Sí... una bondad... (*Con despecho.*) (de que no se habrá burlado nadie impunemente...) (*Alto.*) Pero ¿dónde está Hortensia?

MON. La hemos dejado haciendo compras.

CLOT. (*Que se ha sentado á escribir.*) ¿Sí? Pues es preciso buscarla, y hacer de suerte que llegue esta esquila á sus manos... (*A Sauvigny.*) No tema usted nada; no trato de venderle á usted... al contrario. (*A Monvel.*) Pero es absolutamente indispensable que esta esquila le sea entregada al momento, ó al menos antes de comer.

MON. Pierde cuidado... Dijo que debía acabar sus compras por el almacén grande de la

Plaza. Voy á enviar allá á un mozo de la fonda.

CLOT. (*Dándole la esquila que acaba de cerrar.*)
Lo más pronto posible.

MON. ¿Y no te parece que haríamos bien, mientras vuelve, en bajar al jardín?...

CLOT. Yo prefiero quedarme aquí.

MON. Como gustes.

CLOT. Pero tú puedes bajar; podrías acompañar á nuestra hija..

MON. Dices bien; la pobre Julieta, que no ha salido hoy en todo el día.

SAU. (¿Qué es esto? ¿Pretende alejarle de aquí? ¿Será por Fernando?)

MON. ¿Viene usted, amigo mío?

SAU. (¡Habrà buen hombre! ¿Cómo diablos prevenirle?) (*Alto.*) No; tengo que escribir, y me retiro... (¡Velaré sobre su conducta! observaré desde aquí.) (*Saluda ligeramente, y se entra por la segunda puerta de la derecha, detrás de la cual entreabierto se mantiene durante la escena siguiente.*)

MON. Hasta luego, pues.

CLOT. (*Cogiéndole una mano y oprimiéndola con ternura entre las suyas.*) ¡Adiós, querido esposo!

MON. ¡Ah! hace mucho tiempo que no la veo tan amable. (*Sale por la primera puerta de la derecha. Clotilde, después de haber cerrado la puerta de la derecha, se dirige hacia la de la izquierda.*)

ESCENA XVI

CLOTILDE, FERNANDO; SAUVIGNY, oculto

CLOT. Puede usted salir; todos se han marchado. (*Toma una silla y su labor, y se sienta en medio de la escena.*)

FERN. ¡Ah, señora, cuán largos, cuán eternos me han parecido estos momentos! mi corazón latía con tal violencia, que sentía apagarse en mí la fuente de la vida... en este instante mismo apenas puedo estar en pie.

CLOT. (*Friamente.*) ¿Sí?... pues siéntese usted.

FERN. (*Con calor.*) ¡Sentarme! ¡cuando estoy al lado de usted, cuando la contemplo á usted con embriaguez!

CLOT. (*Haciendo labor.*) Ya veo que le vuelven á usted las fuerzas.

FERN. Vuelven, sí, para sufrir, y para sufrir más que nunca.

CLOT. Eso sería verdaderamente sensible... porque, en fin, después de cuanto usted y yo hemos hecho... si no hubiese mejoría posible, sería preciso renunciar del todo á los remedios.

FERN. (*Asombrado.*) ¿Qué quiere usted decir?



CLOT. Que en gracia del cariño que tengo á su hermana de usted, á mi mejor amiga, he querido salvar á su hermano.

FERN. ¿Cómo? ¿no era por mí?

CLOT. De ningún modo... yo no le conocía á usted... Pero en tratándose de la vida de alguien, tanto da uno como otro. Es cuestión de humanidad.

FERN. ¿Cómo? ¿ni el menor sentimiento hacia mí, ningún afecto? ¡Oh! no es posible; ¡esa tranquilidad, esa calma, cuando ve usted á su lado al más desgraciado de todos los mortales! (Está visto; es cosa de volver á empezar. ¡Vea usted lo qué es una interrupción en el momento crítico!) (*Alto.*) Sí, señora, usted se dignará escucharme... sus ojos no permanecerán siempre clavados sobre ese bordado, que me desespera; por fin me dirigirá usted una mirada de

ESCENA XVII

compasión... ó estas palabras que pronuncio serán las últimas que oirá usted de mis labios... ¡y ese balcón que da al río... ese balcón!!! (*Da algunos pasos hacia el balcón; Clotilde no se mueve.*) ¡Hola! ¿no se mueve?) (*Alto.*) ¡Este balcón, del cual voy á precipitarme!... (¿No me detiene?) (*Alto, y volviendo precipitadamente hacia ella.*) Pero no, no quiero morir lejos de usted... delante de usted misma, á sus pies quiero deponer una existencia que usted desea.

CLOT. (*Fríamente.*) Mucho lo sentiría, pero no está en mi mano impedirlo.

FERN. ¡Ah! lo dice usted, cruel, porque sabe usted que estoy desarmado, y que no tengo más que mi desesperación... ¡pero si pudiese encontrar un arma!...

CLOT. ¿No es más que eso lo que usted desea? (*Desatando fríamente la llave que pende de su cinturón.*) Tome usted.

FERN. ¿Qué es?

CLOT. (*Levantándose.*) Abra usted esa papele-
ra... (*Viendo que él titubea.*) Abrala usted; ahí encontrará usted una caja...

FERN. ¡Oiga!) (*Alto.*) ¿Dónde?

CLOT. Ahí mismo, ahí.

FERN. (*Cogiendo la caja.*) ¡Ah! estas pisto-
las...

CLOT. Son de usted.

FERN. (*Asombrado.*) ¡Cielo santo!) (*Alto, abriendo la caja, tomando una pistola, y haciendo del sandio y desesperado.*) Con que usted lo quiere... usted lo exige...

CLOT. (*Fríamente.*) Puesto que no hay otro modo de curar á usted... eso es cosa de usted, amigo mío. Por usted...

FERN. Diga usted más bien que es por usted misma, que tiene usted á dicha librarse de esta suerte de un amor que la importuna, que le es odioso, que la estorba tal vez... sí, porque sin duda tengo un rival, le tengo, estoy seguro.

CLOT. Auto en favor para...

FERN. ¡Ah! ¡eso es ya demasiado! (*Tronando.*) Pues bien, señora, ¡no, no me mataré! eso sería dar á usted un buen rato, proporcionarla un placer... ¡se atreve usted á reirse todavía en una circunstancia semejante!!!

CLOT. (*Riendo á carcajadas.*) Sí por cierto... adelante, caballero, adelante... sólo estaba esperando este momento para adorarle á usted.

FERNANDO, CLOTILDE, HORTENSIA, después SAUVIGNY

HORT. (*Entra precipitadamente, ve á Fernando con la pistola en la mano, da un grito y se arroja en sus brazos.*) ¡Hermano mío! ¡Te vuelvo á ver! ¡vives todavía!

FERN. (*Queriendo desasirse de sus brazos.*) ¿Qué tienes? por Dios que...

HORT. ¿No estás herido?

CLOT. ¡Oh! no, no; yo respondo.

HORT. He tenido un susto; porque al fin, esta esquila de Clotilde que me acaban de dar...

FERN. (*Leyendo.*) «Ven volando, querida Hortensia; tu hermano está en este momento en el mayor riesgo que puedes imaginar.» (*A Clotilde.*) Señora, usted...

CLOT. (*Riéndose.*) Me figuré que querría usted morir al lado de los suyos. (*Al oído á Hortensia.*) Es una pequeña lección que le he dado; quería matarse por mí, pero tranquilízate, amiga mía.

HORT. (*Mirando á Fernando avergonzado.*) ¿Es posible?

SAU. ¡La burla ha sido buena!

FERN. ¿Cómo? ¿tú estabas también en el complot? Este insulto...

SAU. No, amigo mío, era sólo testigo. (*Al oído.*) Acuérdate de que la lección puede servirnos á los dos.

FERN. (*Mirando á los tres, que se ríen de él.*) ¡Ah, esto es insufrible! El ridículo que cae sobre mí me obliga á hacer por fin...

HORT. ¡Hermano mío!

SAU. (*Calmando.*) ¿Qué dices? Clotilde es demasiado delicada para abusar de esta pequeña ventaja que tu locura le ha dado sobre tí, y creo que...

CLOT. (*Alargando la mano á Fernando.*) Si mi amistad puede...

FERN. (*Cogiéndola y humillado.*) ¡Señora!

SEU. Tu hermana está tan interesada en guardar el silencio como tú; y, en cuanto á mí, un medio hay de identificarme para siempre en los intereses de la familia. Cumple tu palabra, y olvidemos...

FERN. ¡Ah, Sauvigny! Hortensia... (*Mira á ésta en ademán de interceder por Sauvigny.*)

HORT. (*Escuchando.*) ¡Un momento!

ESCENA XVIII

Dichos, MONVEL

MON. (*Abalanzándose á Fernando, á quien ve con la pistola en la mano.*) ¿Qué significa esto, caballero?

CLOT. (*Echando de ver en su mano envuelta en un pañuelo de seda.*) ¿Qué es eso? ¿qué tienes?

MON. Nada.

CLOT. ¡Cómo! ¿Nada?

MON. Nada absolutamente: nuestra hija estaba jugando hace poco á la puerta del jardín, cuando de pronto vimos venir corriendo hacia ella un perro, de mala traza por cierto, y unos hombres que venían detrás gritando: «¡A un lado, á un lado, que rabia!» Yo me arrojé entre el perro y la niña, y el animal me mordió: nada más.

TODOS. ¡Perro rabioso!

MON. No; miedos pueriles; un instante después le hemos visto beber en la fuente inmediata. Felizmente...

HORT. Pero usted lo ha creído...

MON. ¡Oh! pardiez, sí.

HORT. ¡Y á pesar de eso!... ¡Qué generosidad!

MON. ¿Generosidad? No por cierto; tratándose de mi hija ó de mi mujer, ¿qué menos podía hacer? Es como si se tratara de uno mismo.

FERN. Sin embargo de que usted opina que no debe usted exponer su vida...

MON. Cuando es preciso, nada más justo. Auto en favor para no exponerla cuando no hay necesidad. Pero ¿qué tenían ustedes cuando he entrado? ¿Comemos, ó no comemos?

CLOT. (*Enternecida.*) ¡Ah, querido esposo, eres el mejor de los hombres!

MON. ¡Calla!

CLOT. (*Enternecida.*) El mejor de los padres y de los maridos, y en este momento te amo como no te he amado jamás.

SAU. (*A Hortensia.*) ¿Y ese ejemplo, señora?...

FERN. Hermana mía, ¿no te decidirás por fin á premiar un amor?...

HORT. (*Alargándole la mano.*) Consiento por fin en ello, si mi hermano me da palabra...

MON. (*Cogiendo el brazo de Clotilde.*) Después de comer, después de comer. (*Dirigiéndose hacia la salida.*)

FERN. (*Casi al oído de Hortensia.*) Renuncio en buen hora á mis proyectos de muerte.

SAU. (*Cogiendo la mano de Hortensia.*) Y yo, sólo á tu amor no renuncio.



OBRAS INÉDITAS
DE DON MARIANO JOSE DE LARRA

(FIGARO)

TEATROS

UN PROCURADOR Ó LA INTRIGA HONRADA

COMEDIA NUEVA

Dos cosas estamos esperando siempre para escribir en cuanto á redactores del ramo de teatros: la primera que los señores procuradores y próceres (las cosas por su orden), que los señores procuradores y próceres que llenan nuestras columnas, de paso que tratan de llenar las esperanzas de los españoles, nos dejen meter baza y hablar en nuestra propia casa. La segunda, que la nueva dirección nos dé alguna función buena donde podamos una vez siquiera tributarle algún elogio, haciendo la vista gorda sobre esas parvedades de materia con que entretiene malamente el apetito de los aficionados al arte, si alguno queda. Pero cansados de esperar nos lanzamos á hablar: está visto que los primeros no escupen, y que la función buena corre parejas con el fin de la guerra civil. Por más que se muden empresas y direcciones, la dificultad sigue en pie: *La Trinidad se pasa y Malboroug no viene ya.*

Entretanto, pues, que la empresa se porte bien, hablemos nosotros mal, y cumplamos con nuestro deber, siquiera por distinguirnos de los más.

El título prometía *Un procurador*, y al lado de un procurador, en un mismo cartel, *La intriga honrada*. Ha dicho Fontenelle: *voilà des mots, qui jurent de se trouver ensemble*, cita que no va en manera alguna con el adjetivo *honrada*, sino con el sustantivo *intriga*. Empezaremos por advertir que no tratamos de ofender á nadie, y si no fuera por detenernos, daríamos

principio haciendo nuestra profesión de fe, como es costumbre, á pesar de haberla ya hecho otras quinientas veces; pero costumbre indispensable desde que la profesión de fe viene á ser el principio de todo discurso, más que en él no se discorra, como el sombrero es el principio de toda persona que lo gasta, empezando á contar por arriba. Y para que con nuestra profesión de fe quedase probado que no queríamos ofender á nadie, diríamos en ella que hemos emigrado (en cuanto á que hemos viajado), y que hemos vuelto, que nuestros antecedentes políticos son los más inocentes del mundo, pues en cuanto á *Figaro*, el mayor exceso que hemos cometido ha sido hacer la barba más ó menos blandamente á nuestros parroquianos, y eso sin dolor, de nosotros por supuesto: y no se nos diga que los hemos desollado, que para eso los hemos afeitado de balde; y concluiremos diciendo, que no habiendo hecho en toda nuestra vida sino murmurar, seríamos siempre consecuentes con nuestros precedentes. ¿Qué más se nos pudiera pedir?

Pero en atención á que por el proyecto de ley electoral, ya aprobado, no tenemos ni en cuanto á poetas ni en cuanto á rapistas profesión conocida; en atención á que nuestra fe allá se va con nuestra profesión, visto que no tenemos fe en ninguna profesión, y que hacemos profesión de no tener nunca fe, no queremos hacer hoy nuestra profesión de fe.

¿Nos habrán entendido nuestros lectores? Probablemente no: convenimos en que hubiera sido difícil, la verdad es que no queríamos decir nada; no sabemos por tanto si por casualidad hemos dicho algo. Pero si no nos han entendido, sepan que eso mismo nos sucede á nosotros todos los días con todo el mundo, y cuidado que oímos gente: y no por eso nos desesperamos. En conclusión, nos parece que no podemos ser más explícitos.

Y como ya estamos casi al fin de nuestro discurso, vamos á entrar con franqueza en la cuestión. Empezaremos por declarar á la faz de la Europa, que nos mira, sólo que no nos ve, y aun de la América, que ni nos ve ni nos mira, pero que nos siente, que no entraremos de lleno en la cuestión del juicio de esta comedia por varias razones: primera, porque no habiéndose seguido echando, nadie sino nosotros en este momento se acuerda de ella: ha caído en desuso: tiene contra sí la experiencia; segunda, porque ya nuestros dignos colegas los demás periodistas han iluminado la materia con sus eruditos juicios, como lo tienen de costumbre.

Nuestra intención al tomar la pluma no ha sido otra que la de decir que el título prometía, si bien nos chocaba, aun en el título, como llevamos dicho, aquello de ver juntos una *intriga* y un *procurador*, que por honrados y grandes que sean una y otros, nunca admitiremos la posibilidad de que quepa una intriga en un procurador, ni un procurador en una intriga. Esto sólo se ve, sólo se puede sufrir en las comedias: son utopías.

Pero es lo peor que ésta, como otras muchas, es cuestión de nombre, porque en el fondo de la comedia de que estamos hablando, aunque sin decir nada de ellos, como es costumbre de periodistas y oradores, ni había más procurador que uno de la curia, ni la intriga suficiente para la comedia misma.

La cosa desde luego no era española, en lo cual se parecía á las demás cosas que hay en España, sino francesa; porque eso sí, intervención, parece que no hay diablos que la traigan de allá, pero comedias y contrabando... Pues vean ustedes lo qué es, y cómo será esta comedia: preferimos el contrabando. Luego, está acomodada á nuestra escena con el mismo tino con que se aplican las cosas todas que de aquellos benditos países tomamos.

El argumento es cosa sencilla: un procurador que quiere dar un padre y una madre á un muchacho de esperanzas, y para eso casa por

fuerza un viejo y una vieja; viva representación por cierto del ministerio Martínez, casando el Estatuto con la España, dos cosas viejas, para que legitimen la revolución, muchacho que promete.

La comedia, sin embargo de esa malicia que nosotros le encontramos, y de la cual el autor que la escribió hace cuarenta años no tiene la culpa, ni gustó ni petó. Experimentó la suerte de un ministerio nuevo; á lo cual añadiremos que tuvo que ceder el puesto á otras comedias, y desaparecer: fin y paradero que pudiera igualmente tener esta otra comedia más seria, de la cual aunque vemos ya seis personajes, no acertamos á ver siquiera un acto, desde que está levantado el telón, que hará como cuatro días.

Y volviendo á la empresa y á la comedia del *Procurador*, no queremos concluir este artículo sin hacerle una grave interpelación, en que está interesado el honor de la opinión pública que representamos, y el de el teatro mismo, y á la cual estamos seguros que no satisfará de ninguna manera.

¿Nos podrá decir la nueva empresa qué especie de sistema tenía pensado desde que la solicitaba para cuando llegase al poder? ¿Llevaba por plan hacerlo bien ó hacerlo mal? Y es preciso que nos responda á esto, porque si pensaba hacerlo mal, confesaremos con toda la ingenuidad que nos caracteriza que *no hay más allá*, es decir, que no se puede hacer peor. Desde luego pasan días y no se hace nada: ¿se estará por ventura enterando todavía del estado de los teatros? Vive Dios que si es esto, sabemos más que ella los demás. ¿Nos dirá que la administración anterior le dejó los teatros en mal estado? *Già lo sappiamo*. Por eso esperábamos las maravillas que iba á hacer. Pardiez que pasar días, eso ya lo hacemos todos, señora.

¿Dónde están esas comedias que debía tener preparadas? ¿Esos planes y reformas, ese progreso, esa mayor capacidad? No valía la pena seguramente de que la empresa anterior hubiera dejado el puesto, porque de estos pasos de la vida es de quienes se cuenta aquello *de malo vendrá que bueno me hará*.

Resumiendo, es probado que en punto á empresas, lo más que se puede decir es: *¡Dios nos la depare buena!* porque está visto que nosotros no nos la sabemos deparar.

ANDRÉS NIPORESAS.